

me dió una fuerte recomendación para el nuevo Ministro Caballero, y otro y Muñoz me la dieron para el Sr. Porcel, Oficial mayor de la Secretaría de gracia y justicia que estaba á su lado, y que por consiguiente valía más que el Ministro mismo. La Corte estaba en el Escorial, distante de Madrid seis leguas y media del Rey, y yo llegué estropeadísimo, porque no tenía dinero, y las hice á pié. Entregué mis recomendaciones y fui tal cual recibido del Sr. Porcel: logré hablar al Ministro, porque también llevaba recomendación para el portero. Hasta esto es necesario, y cada ministril está tan majestuoso como si tuviera al Rey de las orejas. Me quejé al Ministro de León, y dijo se le quitarían los papeles; pero ni lo habría hecho, ni se habría acordado, sin estar á mi favor el Oficial mayor. Este me recibió á otro día con el mayor agasajo: «acabo de recibir carta del Sr. Muñoz, me dijo, de que la recomendación es verdadera». Regla general: algo vale una recomendación que va cerrada, especialmente con sello; si abierta, nada, hasta que por el correo se advierte que es sincera, y no para zafarse de alguna importunidad ó empeño. «Vaya V. luego descuidado, prosiguió Porcel; yo le quitaré á León los autos, y con una orden fuerte exprimiré al Apoderado de su Provincia de México, que está en Cádiz, para que ponga en Madrid fondos suficientes á su manutención.»

A continuación escribió á Muñoz, avisándole que ya tenía los autos en su poder, y se estaba imponiendo; que le enviase su disertación de Guadalupe, para arreglar el expediente, acabarse de instruir y hacerme dar una satisfacción rotunda de una persecución tan atroz por haber negado una fábula semejante como la aparición de Guadalupe. Pero soy desgraciadísimo: á poco cayó Porcel, es decir, pasó al Consejo de Indias, esta es la caída de un covachuelo de la Secretaría de Indias. Y en efecto, pasar á cualquier Consejo llaman en Madrid ir al Panteón, porque es sepultar á un

hombre con honor: allí terminó su carrera. Muñoz le escribió que, antes que llegase su sucesor, pasase los autos al Consejo de Indias, para que se me oyese en justicia; y se puso la orden.

Capítulo IV.

Desde que se confirmó modificativamente la resolución del Consejo hasta mi llegada á Paris.

Seguramente no pensé yo en obedecer la iniquidad del Consejo ni los caprichos de León, que tampoco pensaba sino en ganar tiempo. Prometerme hacerme justicia después de haberme hecho cumplir la sentencia del Arzobispo era una burla. Pero no tenía dinero para subsistir. El Consejo, á consecuencia del Decreto Real, pasó orden al apoderado de mi provincia para que me proveyese de lo necesario en Salamanca, y dispusiese mi viaje, dándome á mí el dinero necesario para el gasto. Yo para coger este socorro, me puse de acuerdo con un calesero, que se presentó conmigo al apoderado, hice á la madrugada del día siguiente semblante de partir, abandoné mi celda del cuarto de Indias de San Francisco, recibí del apoderado una onza de oro y me oculté. Pero el calesero fué más vivo, descubrió mi alojamiento, y me exigió el dinero que me dijo le pedían. ¿Cómo le podían pedir lo que no le habían entregado? De miedo, sin embargo, de que me descubriera le dí doce duros, que era lo que me restaba al cabo de cuatro días. Seguramente se los cogió, pues dijo al apoderado que yo, diciéndole que iba á practicar cierta diligencia, lo había hecho aguardar todo el día; lo que supe, porque después León me echó en cara su mentira. Esta es la única intriga que

he intentado en esta vida, y me salió tan mal como se ha visto. Mi candor excluye todo fraude. En vano mis amigos me han exhortado siempre á tener un poco de picardía cristiana, como ellos decían. No está en mi mano tener malicia.

Me mantuve oculto con el auxilio de algunos americanos, indeciso sobre mi destino, cuando supe que el Consejo había consultado á la covachuela lo que se debía hacer de mí en cogiéndome, y que León, para ensañar contra mí al Ministro Caballero, le había dicho que yo lo quería matar. ¡Pobre de mí, que cuando hay hormiguitas en el camino, voy saltando para no despachurrar sus figuritas! Para salvar la mía, que al cabo no podía ocultarse largo tiempo, tomé una mula y partí para Burgos, á ver si, entre los amigos que allí tenía, podía juntar algún dinero y entrar en Francia. Todo lo que conseguí fué una onza de oro, y á los dos días determiné marchar á Ágreda, donde estaba un clérigo francés contrabandista, que también era mi amigo, para que me auxiliase con más dinero y arbitrios para penetrar por Francia, y llegar hasta Roma con el objeto de secularizarme. Mientras tuviese el hábito, no me cabe duda que estarían jugando á la pelota conmigo, porque como se mira á los frailes en España con el último desprecio, como á las heces del pueblo, su honor no importa nada; y cuanto mal se les haga se considera como buena presa. Toda la dificultad para archivar á uno en cualquier destino consiste en los medios de proveer á su manutención, y teniendo provincia á quien mandar que se los dé, los opresores quedan expeditos.

A tiempo que yo iba á montar para tomar el camino de Ágreda, sobrevino el alcalde mayor de Burgos al mesón. Se estaba entonces en mucho recado sobre pasajeros por la peste que reinaba en Andalucía; y como el maldito mesonero vió que yo no salía más que de noche porque era muy conocido en Burgos, había

dado parte de que yo era sospechoso. Yo me corté creyendo alguna requisitoria; mi temor y mis respuestas hicieron entrar al Juez en sospechas, se echó entre mis papeles, encontró la orden del Consejo para ir á Salamanca, y, mientras avisaba á la Corte, me envió al Convento de San Francisco. Yo al salir para éste, le dí al mozo que me había traído de Madrid la onza de oro, y le dije no se fuese, porque yo saldría de San Francisco por la noche, y nos iríamos á Ágreda. El lo contó al alcalde, y éste me mandó poner preso en una celda de dicho San Francisco. Como yo era tan estimado en Burgos, el escándalo fué inmenso.

Al día siguiente un religioso se me brindó para sacarme tirándome por la ventana á un corredor de arriba. Pero yo no lo admití, porque, siempre cándido y animal, no acababa de conocer á León, y creía que se contentaría con hacerme llevar á Salamanca, habiendo yo declarado ante el alcalde que sólo había venido á Burgos de paso, para recoger algún dinero con que poner allá mi celda y proveerme de utensilios. Más el fiero León, que me volvió á ver entre sus garras, volvió á su tema de hacerme cumplir á la letra la sentencia del Arzobispo, y mandó poner orden de llevarme á las Caldas, y sepultarme allí en un calabozo los cuatro años que faltaban para cumplir aquella.

El covachuelo de la mesa confió el secreto á D. Juan Cornide mi amigo, y éste me dió la noticia por medio de un comerciante de Burgos que me entregó la carta, á pesar del guardián del convento, que me interceptaba la correspondencia, porque los frailes no hacen escrúpulo sobre esta materia. Un golpe de rayo paralizó por cuatro horas mis potencias y sentidos. Pues vamos á perderlo todo, dije yo en reviniendo, es necesario aventurarlo todo: y comencé á arbitrar los medios de escapar. Mi primer pensamiento fué echarme á volar con el paraguas, cuyas puntas llegué á atar, hasta el fondo de un patio formado por un cuadro de tres ór-

denes de celdas, donde se veía una puerta. Pero era mucha la altura, debían recibirme abajo unas piedras enormes, y podría tener mi vuelo el éxito de Simón Mago. Recurrí al religioso que me había ofrecido sacar al principio, y ya tuvo miedo, habiendo visto la diligencia con que se me guardaba, sucediéndose los frailes de día y noche á hacer centinela. Pero me sugirió que podría descolgarme con el cordel que formaba el catre de mi cama.

Con él atado de la ventana comencé á descolgarme en el punto de media noche, hora en que el fraile centinela se retiraba con ocasión de los maitines; y mientras hubo ventanas en que estribar, bajé bien; pero después con el peso del cuerpo las manos se me rajaron, y, sin saber de mí, bajé más aprisa de lo que quisiera. Cuando por lo mismo pensé hallarme hecho tortilla en el suelo, me hallé á horcajadas en la extremidad del cordel, que estaba doblado. Acabé mi voltería todo averiado, y me entré por una puerta que daba á un corral cerrada, pero con una rajadura por la cual me colé con trabajo. Trasmonté el corral, y corrí hasta un cuarto de legua de Burgos, donde está el hospital de los comendadores del rey, los cuales me ocultaron aquel día.

Allí colgué los hábitos por necesidad, y con una bolsa de cazador, provista de un matalotaje y ocho duros, salí á las ocho de la noche con dirección á Madrid, en el coche de San Francisco, como dicen. Sería largo contar los trabajos que pasé descansando de día, caminando de noche, echándome fuera del camino á cada ruido que oía, debatiéndome con los perros que en batallones ocupan los pueblos, y temblando de los ladrones que capitaneados por Chafaldín desolaban á Castilla la vieja. Este era mi primer ensayo de caminar á pie, y mis pies y piernas se hincharon de manera que, después de dos noches de camino, tardé casi un día en andar una legua, hasta llegar á un pue-

blo tres leguas distante de Torquemada, donde me puse á llorar. Compadecióse de mí un arriero que iba para esta Villa, me puso sobre un borrico y me llevó á alojar á casa de un buen hombre su bienhechor.

Este por mi dinero me dió una mula con un muchacho que me condujese hasta Valladolid. En el camino nos encontramos algunos que iban para Burgos, y dijeron «ese es el Padre que estaba en San Francisco»; lo que me hizo apresurar el paso, pues por ellos se podría saber mi derrotero en Burgos y alcanzarme una requisitoria. En Valladolid me hospedaron dos estudiantes, mis antiguos discípulos de elocuencia en Burgos, y teníamos la precaución de que los días en que llegaba el correo de aquella ciudad yo me salía al campo, por si había alguna novedad en la mañana, hasta que ellos me iban á visitar para venir á comer. Allí supe que León había pedido á Burgos todos mis papeles que el alcalde me tomara, y eran los principales que llevaba conmigo: los demás habían quedado en Madrid en mi baúl. Este fué siempre un empeño de León, quitarme mis papeles y documentos, para atacarme después desprovisto, ó hallar alguna materia para acriminarme. Allí se tienen mis títulos de órdenes, de mis grados, mi defensa, etc., y no los puso en la Secretaría, porque yo encargué después á D. Zenón que los buscasen y no estaban en ella.

Después de haber descansado ocho ó diez días en Valladolid, proseguí mi viaje siempre en calidad de clérigo francés emigrado, sobre un carro catalán, carruaje incomodísimo que me estropeó el juicio. En llegando á Madrid me fuí á casa de Don Juan Cornide, que vivía junto con Filomeno, hoy Fiscal de la Habana, de donde es natural. Me avisaron que León, furioso de que hubiese escapado de sus garras la presa, había mandado arrestar todo el convento de San Francisco de Burgos; pero el alcalde mayor había informado que los religiosos le hicieron ver mis manos-

estampadas con sangre en la pared, lo que probaba que mi fuga había sido sin su cooperación. Igualmente hallé que León había mandado poner requisitorias contra mí por toda España. ¿Se creerían atentados semejantes? ¿No se juzgaría, á vista de estos escándalos, que yo era algún asesino, salteador de caminos, ó reo de lesa-majestad? Como tal me acusó después León, únicamente fundado en que el Arzobispo informó que había sido procesado por dos Virreyes, aunque tenía León en su poder la carta en que el Conde de Revillagigedo desmentía al Arzobispo. Ya se supone que todo no era más que una maldad de este inicuo covachuelo.

El de México, D. Zenón, me envió á avisar que de propósito había dejado sin requisitoria la Cataluña, para que por allí pudiera escapar á Francia: pero por allí carecería yo absolutamente de arbitrios. La falta de dinero era la que me ponía en los mayores peligros. Mi buen hermano D. Froilán, que de Dios haya, no cesaba de escribir desde Monterrey que allá no se encontraban libranzas para España; pero que en ésta tomara yo dinero, y librarse contra él á letra vista. Mucho más difícil es hallar quien dé dinero en España para recibirlo en América; y en tiempo de guerra, que hubo casi siempre con Inglaterra desde que fuí á la Península, es casi imposible. España vive de la América, como Roma de las Bulas; y en cuanto se dificulta el transporte marítimo, no se encuentra allí sino hambre y miseria. El Obispo de la Habana, Espiga, para venir entonces á su Obispado, para donde una orden, á rajatablas, le hizo partir por Jansenista y amigo de Urquijo, se habilitó tomando el dinero á doscientos por ciento. ¡Cómo yo había de hallar dinero!

Por el lado de Navarra tenía el arbitrio del clérigo francés contrabandista, que estaba en Ágreda. Este también era amigo de D. Juan Cornide, quien tenía por allí relaciones, á causa de estar su hermano D.

Gregorio de Provisor en Francia. Habló, pues, para transportarme con unos arrieros de Ágreda, y él y Filomeno me sacaron por la puerta de Fuencarral en un coche simón, haciendo algazara al pasar por ella, para desvelar á los guardias toda sospecha. A un cuarto de legua me entregaron á los arrieros, que ya llevaban mi baúl, en calidad de clérigo francés emigrado; y para suplir mis títulos, etc., me dió Cornide los del difunto Doctor Maniau, de quien fué albacea, y me convenían en todo por ser de mi edad y graduación. Montó en un mulo el nuevo Maniau, y á la noche fuimos á posar en el mesón de los arrieros extramuros de Alcalá de Henares.

A las ocho de la noche me asustó un tropel, y eran los mismos Cornide y Filomeno, que, habiendo obtenido una copia de la requisitoria, venían á mudarme de señas. En efecto me transformaron diabólicamente, hasta ponerme con piedra infernal un lunar sobre la nariz y otro sobre el labio superior. No me habría conocido la madre que me parió. Y con todo, respecto de que León decía en la requisitoria que era bien parecido, risueño y afable, me exhortaron á ponerme taciturno, triste y feo. Por eso yo, en divisando guardias, torcía los morros, me ponía bizco, y ejecutaba á la letra el último grito del ejercicio portugués, *poner las caras feroces á los enemigos*. Sin embargo, no nos atrevimos á entrar por la puerta de Ágreda, donde había dos requisitorias, la del Gobierno, y otra del alcalde mayor de Burgos; y el arriero por un portillo me llevó á su casa.

Era uno de los confidentes de mi clérigo contrabandista, y éste vino á verme. Le entregué mi baúl, que aún tiene en su poder, y él me entregó á otro confidente suyo, para que me condujese á Pamplona, recomendado á una casa de comercio francesa que yo también conocía, para que me introdujera en Francia. Al salir de Aragón para Navarra ví las extravagancias

despóticas y ruinosas de España, pues se hace un registro más riguroso del dinero que uno lleva de reino á reino que en las fronteras. Aunque todo mi equipaje se reducía á un saquillo de ropa, que derramaron los guardias por el suelo, y á ocho duros que llevaba registrados, pasaron también con una lezna el forro de mi Breviario, por si llevaba allí algún oro.

Llegué á Pamplona cuatro días después de haber llegado Urquijo preso á su ciudadela, y del mesón me fuí á casa del comerciante francés. «No vuelva vd. á la posada, me dijo, porque acaban de prender á dos», creyendo que son vd. y Cuesta el Arcediano de Avila, fugitivo por la «docta pastoral que puso, y publicó su Obispo». Este era el tiempo crítico de la persecución levantada por Godoy (llamado en un Breve de Roma por eso *columna de la religión*) contra los Jansenistas. Así se llaman en Europa todos los hombres sólidamente instruidos en la religión, y amigos de la antigua y legítima disciplina de la Iglesia.

Inmediatamente hizo llamar mi francés á un arriero que había llevado muchos clérigos á Francia por encima de los Pirineos. Vino con su mula, y, siguiéndola, salimos el comerciante y yo, repartiendo él á los guardias algunas pesetas. Monté al cabo del paseo de la Taconera, y nos encargó que aquella noche nos internáramos todo lo posible en los Pirineos, como lo hicimos, caminando hasta las dos de la mañana en que llegamos á Hostiz, helados de frío. Otro día atravesamos el Valle de Bastan, y al tercero dormimos en Cincovillas, desde donde se ve el mar, Bayona y todos sus alrededores, blanqueando en el campo como una vacada. No estuve muy contento en la posada, porque allí estaban las guardias y tenían la requisitoria; pero el informe del arriero muy conocido, de ser yo clérigo francés, lo que confirmaba mi fisonomía y pelo, mis lunares y el acento mexicano (que ellos decían ser de extranjero, y que en Andalucía hace pasar

á los mexicanos por portugueses ó castellanos, y en Castilla por andaluces) me pusieron en salvo.

A otro día pasamos por Ordaz, último lugarcito de España por aquel lado, y mi afán era saber dónde era la raya de Francia. «Esta es», me dijo el arriero, señalándome un arroyito muy pequeño y somero. Lo pasé, me apeé, y tendí de bruza en el suelo.—¿Qué hace vd.? me dijo él.—He pasado el Rubicón, le respondí, no soy emigrado sino mexicano, y no traigo sino este pasaporte (era el de Maniau) de México para España.—No importa, dijo, los gendarmes no entienden castellano, y en viéndolo tan grande, le quitarán á vd. el sombrero como á un gran personaje.— Y así fué.

Dormimos en Añoa, primer lugar de Francia, esto es de los Vascos ó Vizcaínos franceses, porque Vizcaya es parte de España y parte de Francia, y de una y otra vienen á América como españoles, así como de la Cataluña francesa y española. A otro día para entrar en Bayona, que es plaza murada, el arriero me hizo apeaar, y que fuera á entrar confundido con la gente del paseo público, donde por primera vez ví los coches tirados por bueyes. Fué inútil esta diligencia, porque el guardia me extrañó á causa del vestuario, y de ir con botas, y todo cubierto de polvo del camino. Me llevó á la municipalidad, donde presenté mi pasaporte mexicano, y como no lo entendieron, me dieron mi carta ó boleta de seguridad. Todo esto era muy necesario en aquel tiempo por las turbulencias, aun no bien apagadas, de la República. Todavía lo era, aunque gobernada por Cónsules, siendo Bonaparte el primero. Aquel día era viernes de Dolores del año de 1801.

¿Qué hacer para vivir, especialmente siendo yo muy pundonoroso, conforme á mi nacimiento, é incapaz no sólo de pordiosear, sino de manifestar mi miseria? Sufría tragos de muerte, y no los hubiera pasado si fue-

se libertino. Una casualidad me hizo entrar, sin saberlo, en la gran Sinagoga de los judíos del barrio de Sancti-Spiritus. Se estaban cantando los Salmos en castellano, y se predicó en castellano. Todos los judíos de Francia y casi toda Europa, excepto Alemania, son españoles de origen, y muchos de naturaleza; porque yo los veía llegar á Bayona á circuncidarse; todos hablan español, hombres y mujeres; en español están sus Biblias, en español todos sus rezos, y tienen sobre esto tal etiqueta, que, habiéndose casado en Bayona un judío alemán que no entendía español, aunque el contrato matrimonial se le puso también en hebreo para que lo entendiera, se le leyó primero en castellano, y este fué el que firmó. Y aún conservan en todo las costumbres españolas, como también son los que principalmente comercian con España, por la cual todos han pasado. La causa de tanto empeño en conservar todo lo español, es porque dicen que los que vinieron á España, enviados por el Emperador Adriano, son de la tribu de Judá.

Entré yo puntualmente á la Sinagoga, á otro día de haber llegado, y era puntualmente la pascua de los ázimos y el cordero. El Rabino predicó probando, como siempre se hace en esa pascua, que el Mesías aún no había venido, porque lo detienen los pecados de Israel. En saliendo de la Sinagoga todos me rodearon para saber qué me había parecido del sermón. Ya me habían extrañado, porque yo llevaba cuello eclesiástico, y porque me quité el sombrero, cuando al contrario todos ellos lo tienen puesto en la Sinagoga, y los Rabinos que eran de oficio, un almaizal además sobre la cabeza. El mayor respeto en el Oriente es cubrirse la cabeza. Sólo en el cadí ó conmemoración de los difuntos, que entona siempre un huérfano, se suelen descubrir las cabezas en la Sinagoga. Y el modo que tienen para conocer si uno es judío, es preguntarle en hebreo ¿cómo te llamas? Yo des hice en un momento

todos los argumentos del Rabino predicador, y me desafiaron á una disputa pública. La admití, y como tenía en las uñas la demostración evangélica del Obispo Huet, me lucí tanto en la disputa, que me ofrecieron en matrimonio una jovencita bella y rica llamada Raquel, y en francés *Fineta*, porque todos usan de dos nombres, uno para entre ellos, y otro para el público; y aun me ofrecían costearme el viaje á Holanda, para casarme allí, si no quería hacerlo en Francia.

Rehusé, ya se supone, su oferta; pero quedé desde aquel día con tanto crédito entre ellos, que me llamaban *Jajá*, es decir, sabio; era el primer convidado para todas sus funciones; los Rabinos iban á consultar conmigo sus sermones, para que les corrigiese el castellano, y me hicieron un vestido nuevo. Cuando yo iba por curiosidad á Sinagoga, como otros españoles, los Rabinos me hacían tomar asiento en su tribuna ó púlpito. Y acabada por la noche la función, yo me quedaba solo con el Rabino que estaba de oficio, para verle estudiar lo que se había de leer á otro día. Sacaba entonces la ley de Moisés, que, cuando está el pueblo, se saca con gran ceremonia y acatamiento, inclinándose todos hacia ella. Está en rollos, y sin puntos, con solas las letras consonantes, y la estudiaba el Rabino, leyéndole yo en la Biblia con puntos. Y luego apagaba yo las velas de las lámparas, porque ellos no pueden hacerlo, ni encender fuego para hacer de comer ó calentarse los sábados. Se sirven para todo esto de criadas cristianas, y yo les decía por lo mismo que su religión no podía ser universal.

Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaban pretendientas entre las jóvenes cristianas, que no tienen dificultad en explicarse; y cuando yo les respondía que era sacerdote, me decían que eso no obstaba si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que por el terror de la revolución, que los

obligaba á casarse, contrajeron matrimonio, les había quitado el escrúpulo. En Bayona y todo el departamento de los bajos Pirineos hasta Dax las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las Vascas, pero nunca sentí más el influjo del clima que en comenzando á caminar para París, porque sensiblemente ví desde Montmarzan, á ocho ó diez leguas de Bayona, hasta París, hombres y mujeres morenos, y éstas feas. En general las francesas lo son, y están formadas sobre el tipo de las ranas. Malhechas, chatas, boconas y con los ojos rasgados. Hacia el Norte de la Francia ya son mejores.

Yo, para vivir en Bayona, recurrí á los clérigos emigrados á España que había favorecido en su traslación de Burgos á la Coruña. A contemplación del Gobierno francés salió orden en 1797 mandando salir de España para las islas Canarias y Baleares á los pobres sacerdotes franceses, y los de Burgos la tuvieron para este efecto de pasar á la Coruña. Yo dirigí á su nombre una súplica circular al clero burgalés, para ayudarlos á fin de hacer su viaje. Gustó tanto que el clero entusiasmado salió con bandejas por las calles á hacer una colecta, y se juntó muy bastante para transportar con decencia sesenta sacerdotes, que en obsequio mío vinieron á montar ante el convento de San Pablo donde yo estaba. Los infelices me enviaron á Bayona cuarenta francos, con que determiné al cabo de dos meses internarme en Francia. Lo que me faltaba era pasaporte; pero los judíos me hicieron advertir que en el que tenía de México para España, ésta estaba en abreviatura, y se seguía un blanquito al fin del renglón. Allí puse «y Francia»; y me embarqué en el río para Dax distante cuatro leguas.

De allí proseguí á pie para Burdeos distante más de treinta leguas, en compañía de dos soldados desertores de España, zapateros. Como todo el camino es un arenal, padecí infinito, y al cabo no hubiera podido

llegar á Burdeos por lo muy inflamado de mis pies, si no me hubiese embarcado en otro río. Mis zapateros comenzaron inmediatamente á trabajar, y ganaban dinero como tierra, mientras que yo, lleno de teología, moría de hambre y envidia. Entonces conocí cuán bien hicieran los padres en dar á sus hijos, aunque fuesen nobilísimos, algún oficio en su niñez, especialmente uno tan fácil y tan necesario en todo el mundo. Esto sería proveerlos de pan en todos los accidentes de la vida.

Yo había recibido una carta del Embajador de España en París, D. Nicolás Azara, y otra del botánico Zea, porque en medio de todos mis trabajos y miserias nunca me faltó la atención y correspondencia de los sabios de la Europa. En vista de estas cartas, el Cónsul español, que necesitaba al Embajador para que le aprobase sus cuentas, mandó al Secretario que me alojase. Este era un español que se empeñó en hacerme ateísta con la obra de Freret, como si un italiano no hubiese reducido á polvo sus sofismas. He observado que se leen con gusto los libros impíos, porque favorecen las pasiones, y no sólo no se leen sus impugnaciones, sino que se desprecian, porque el tono fanfarrón absoluto y satisfecho de los autores incrédulos pasa al espíritu de sus lectores. Y la verdad es que los tales fanfarrones son los ignorantes y los impostores. Hablan con la satisfacción que en su interior no tienen, para imponer; y si la tienen, es por su misma ignorancia. *Qui respicit ad pauca de facili pronuntiat.*

En cuando dicho Secretario supo que yo tenía dinero, fingió orden del Cónsul, y me hizo pagar veinte duros de alojamiento, que se embolsó. El dinero que yo tenía procedió de la generosidad de D. José Sarea, Conde de Gijón, natural de Quito, que allí desembarcó, y traía empleado todo su dinero en azúcar de la Habana, en la cual pensaba ganar mucho. Y en

efecto no la había entonces en Burdeos. Yo lo alboroté para ir á dar un paseo á París antes de entrar en España, y me llevó de intérprete. Tiraba el dinero como si estuviese en América, y yo, considerando que se había de ver en gran miseria en Europa, donde todos se conjuran para despojar al americano recién venido, le iba á la mano aun cuando quería gastar en mi obsequio. Él se enfadó de esto, y me abandonó casi luego que llegamos á París. Bien se arrepintió después, porque le sobrevinieron los trabajos que yo le había predicho. El comerciante de Burdeos de quien se había valido, en lugar de vender la azúcar luego, aguardó á que se llenara de ella la plaza, con la paz de Amiens, y luego, vendiéndola por nada, ó fingiendo venderla, se quedó con el dinero en pago de almacenaje. Conoció al cabo el Conde mi hombría de bien y no he tenido después mejor amigo.

No quiero omitir que un francés al servicio de España, que se hizo mi amigo en Bayona, me recomendó desde Burdeos con eficacia á su hermano, que ocupaba una plaza de influjo en París, *porque, aunque sacerdote*, le decía de mí, *es hombre de bien*. Me enseñó esta cláusula, y me dijo que era necesario porque todos ellos eran unos libertinos. Después ví que era cláusula corriente en la recomendación de un sacerdote. Tanto habían declamado los incrédulos contra la religión y sus ministros como unos impostores, que llegaron á impresionar al pueblo, el cual salía á cazarlos en los bosques, á donde huían cuando la revolución, diciendo que iban á matar bestias negras.

Si el francés hubiera sabido que yo era religioso, no me hubiera recomendado, porque el sobrenombre de fraile me constituía incapaz. Entre católicos é incrédulos es un oprobio, ó por mejor decir, el compendio de todos los oprobios, y con decirle á uno que lo es, creen haber agotado las injurias. Equivale á hombre bajo, soez, malcriado, ocioso, pordiosero, ignorantísi-

mo, impostor, hipócrita, embustero, fanático, supersticioso, capaz de todas las vilezas é incapaz de honor y hombría de bien. Parece increíble, y es ciertísimo. Aun en los buques de los católicos es menester no decir uno que es fraile, porque si hay alguna borrasca le echan al agua como ha sucedido varias veces. Por eso los franceses en España los mataban sin remordimiento, dentro y fuera de los conventos. Por eso ya casi no existen en Europa. José Napoleón los había extinguido en España, y allá iban las Cortes. Donde existen, se les ve con el mayor vilipendio, y no se les da entrada en ninguna casa decente. Me sucedió en Madrid ir á visitar por paisana á la hija del mercader Terán, y, habiéndole pasado recado, me respondió que pusiese memorial. Lo peor es que el frailazgo imprime carácter indeleble. Nada se avanza con secularizarse, ser Obispo ni Papa. Siempre lo frailean desdenosamente, y en Roma, para despreciar al Papa, ó alguna providencia suya, dicen hombres y mujeres: «Oh, è un frate».

CAPITULO V

Desde que llegué á París hasta mi salida de allí.

Hago capítulo aparte de mi estancia en París, para contar en él muchas cosas dignas de saberse. Dije en el precedente que llegué á París con el Conde de Gijón, que luego me desamparó, y aunque el señor inquisidor Yéregui me envió de España un socorrito, el primero que recibí fué de D. Francisco Zea, que estaba figurando en Botánica y á quien había conocido en Madrid. Era uno de los doctores jóvenes de Cundinamarca (este es el antiguo nombre de Nueva Granada) que,